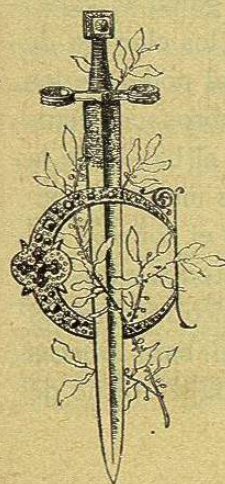


## CAPÍTULO XI

Descripción de los lugares conquistados por  
San Fernando en las provincias granadinas. Andújar,  
Arjonilla, Arjona, Martos



ON la muerte de San Fernando termina el primer período de la conquista de estas provincias; y es fuerza ya que demos tregua á la pintura de batallas y de asaltos. Hasta ahora sólo ha brotado sangre nuestra pluma; ocupada sin

cesar en las invasiones que agitaron este suelo, en las luchas fratricidas que lo desgarraron, en las terribles vicisitudes de los imperios que sobre él se encumbraron y cayeron, y en las venganzas implacables que ensombrecieron sus antiguos monumentos, apenas ha podido presentar á la imaginación de los lectores una descripción risueña que la calmase, ni imágenes dulces y tranquilas que la desimpresionasen de las escenas de horror á que ha asistido. Después de tan numerosos cuadros de batallas conviene pintar otros más serenos y apacibles; sería difícil que nadie nos siguiera sin cansancio por las largas luchas que nos quedan aún por referir si no encontrara antes donde refrescar sus sentidos y moderar su exaltada fantasía.

Campos que entonces fueron el teatro de combates sangrientos son hoy praderas cubiertas de flores donde el pastor canta tal vez lo pasado bajo la sombra de los árboles; montes en cuyas cumbres estuvieron sentadas tiendas de príncipes y reyes, son hoy alturas pobladas de humildes aldeas que blanquean entre el verdor de los viñedos; arroyos que arrastraron consigo cadáveres y espadas animan hoy con suaves murmullos paisajes pintorescos que contempla el viajero muda la lengua y extasiada el alma; castillos sombríos y desiertos que fueron levantados al pié de despeñaderos profundos son hoy pueblos que nacieron ayer sobre las ruinas de aquellas viejas fortalezas y han bajado ya al rededor de los cerros hasta ganar el valle; ciudades populosas que oyeron sin estremecerse los clarines de millares de enemigos y resistieron al valor y al poder de los más intrépidos caudillos, yacen hoy entre escombros cubiertos de musgo, que aunque ya tan sólo animados por el balido de la oveja, el susurro de las fuentes y el rumor de los insectos, convidan al descanso y bañan en dulce melancolía el corazón del que los mira. Lo pasado y lo presente forma en todos estos lugares un agradable contraste; y es bello y poético recorrerlos meditando sobre los hechos ya consignados, aquí bajo frescas alamedas conmovidas por las auras, allí bajo el pajizo techo de

una aldea cuyo hogar levanta su humareda por entre los ramales de los árboles, acullá bajo las ruinosas bóvedas de un alcázar cuyos dorados sillares va de día en día desmoronando el viento, más allá al margen de una corriente cristalina á la que prestan sombra el junco y la espadaña.

Bailén: la primera villa que pisó San Fernando después de haber removido con la planta de sus caballos el polvo de las Navas de Tolosa, fué un día una ciudad (1) ante cuyos muros combatieron cartagineses y romanos; y hoy no es ya sino un pueblo que sólo conserva de su antigüedad los informes restos de un castillo y una iglesia en que la degenerada ojiva del siglo XVI está bastardamente sentada sobre el capitel corintio. Es, sin embargo, el sepulcro de glorias imperecederas; y ya que no por la magnificencia de sus monumentos, impone é impondrá siempre por la grandeza de sus recuerdos. En las alturas que la circuyen, setenta mil cartagineses mandados por Asdrúbal y Magón fueron vencidos hace más de veinte siglos por las legiones de Roma: en su campiña, cubierta de olivares, no hace aún cincuenta años que acosadas por todas partes las águilas francesas y ahogadas por la humareda del cañón y el polvo del combate, tuvieron que ir á deponer sus ensangrentados laureles en la frente de nuestros generales. El rumor de esta victoria voló desde Bailén hasta las más apartadas naciones, y vióse entonces saludada la villa por cien pueblos oprimidos que vieron humillados en ella por primera vez ejércitos que habían hecho estremecer el suelo de vastos campos de batalla, y capitanes cubiertos de gloria, encanecidos en las largas guerras del Consulado y del Imperio (2).

(1) Se cree que Bailén fué antiguamente Bactula.

(2) Fueron grandes los resultados de esta batalla. Perdieron los franceses cuarenta piezas de artillería, y entre muertos, heridos y prisioneros, veinte y un mil soldados; José Bonaparte, que acababa de ser proclamado rey de España, huyó precipitadamente de la Corte; los que tenían cercada Zaragoza levantaron el sitio; los ejércitos que estaban distribuidos en varios puntos de la Península se recogieron más allá del Ebro; la Francia perdió en casi toda Europa gran parte del

Andújar, sita al mediodía de Bailén, al pié mismo de Sierra-Morena, en una frondosa llanura que bañan á mil doscientos pasos las claras aguas del Guadalquivir, fué también una de las primeras poblaciones conquistadas por Fernando el Santo: sirvió de cuartel á este rey y de palacio á la reina D.<sup>a</sup> Juana, que permaneció en ella de paso para Córdoba; y no guarda tan sólo un monumento en que pueda verse reflejada la sombra de los héroes que por defenderla y combatirla desnudaron sus espadas. Cuando la tomó San Fernando, había sido ya dos veces conquistada por Alfonso VII, el bravo emperador que al través de una tierra toda enemiga pudo llevar hasta la misma corte del Califato su pendón de guerra; pero ni uno ni otro lograron dejar impresa su memoria en ningún templo ni castillo. Fué atacada en 1369 por las armas granadinas, dada en 1383 por Don Juan I al desgraciado rey de Armenia, León V, que fué al fin prisionero del Soldán de Egipto, unida en 1388 al señorío de Enrique III, declarada ciudad en 1487 por Enrique IV; pero no hay en toda ella ni una piedra en que ni el literato ni el artista puedan leer el nombre de estos príncipes. Sus más antiguas iglesias están ya envueltas en las vagas formas de la decadencia gótica; y el ojo del viajero no puede penetrar al través de sus arcadas ojivales más allá del siglo xv.

Si alguna piedra escrita ennegrece sus blancos muros, no habla ya de Andújar, habla de un pueblo que animó á dos leguas de la ciudad la orilla septentrional del Betis, habla de la antigua Ilturgis, hundida entre sus ruinas y cubierta de afrenta y sangre (1). Estaba situada Ilturgis el pié mismo del Guadal-

prestigio militar que tan justamente había adquirido con sus anteriores hechos de armas; España, por fin, aumentó el brío con que empezó una guerra en que tenía muchas menos probabilidades de ser vencedora que vencida. No sin razón nos acordamos aún de tan brillante jornada, á cuya memoria han consagrado sus inspiraciones las artes y la poesía.

(1) Terrones, en su *Vida de San Eufrasio y Origen y Antigüedades de Andújar*, publicó varias lápidas pertenecientes á esta ciudad, entre las cuales creemos digna de atención la siguiente, dedicada al emperador Séptimo Severo:

quivir, en el mismo lugar en que está hoy Santa Potenciana, donde además de los cimientos de unas murallas carcomidas y desgastadas por el agua, que se dilatan entre los ríos Escobar y Martín Gordo, se ven aún esparcidos acá y acullá entre zarzas y matorrales capiteles, sepulcros, y otros restos antiguos, que dejan entrever algunas de las armas de los que allí murieron víctimas de su traición y su heroísmo. Era, según Tito Livio, una de las ciudades más insignes por su grandeza: defendida por una peña escarpadísima y por un castillo, del que se conservan todavía grandiosos escombros, era demás casi inespugnable, y podía arrostrar sin temor la cólera de sus más poderosos enemigos. Pero quizá fueron estas cualidades las que originaron sus funestas vicisitudes y su completa ruina.

Era Ilturgis cartaginesa, y no tardó en hacerse aliada de los romanos después que los Scipiones vinieron á vengar en la Península las derrotas que sufrieran en Italia. Irritados Asdrúbal, Magón y Amílcar, movieron para ella el campo y la combatieron con todas sus fuerzas; pero nada pudieron contra sus nuevos contrarios, que abriéndose paso con la espada entre los tres campamentos, entraron vituallas en la ciudad, y trabaron con ellos en la llanura un combate sangriento, en que les

IMP. CAES. SEPTI  
MIO. SEVERO. PIO.  
PERTINACI. AUG.  
ARABICO. ADIABENICO PONTIFE  
MAXIMO. IMP. X. TRIB. POTEST.  
VI. COS. II. PACATORI. ORBIS.  
RESPUBLICA. ISTURGITANORUM.  
D. D. D.

Hemos dicho que es digna de atención esta lápida, porque si bien se la examina, se observará que no es la ciudad ó municipio de Ilturgi, sino la república de Isturgi, la que dedicó este recuerdo á Severo. Terrones traduce las palabras *Respublica Isturgitanorum* por la república de los Ilturgitanos; mas es fácil ver cuán voluntaria y poco fundada es esta interpretación. Hay bastantes razones para creer que en los alrededores de Ilturgi hubo Isturgi ó Ippasturgi; y cuando otras no hubiese bastaría á nuestro modo de ver esta inscripción para sospechar cuando menos que existió no lejos de la ciudad de que hablamos en el texto otra llamada Isturgi. (V. á Flor., *Esp. Sag.*, y Cortés, *Esp. Ant.*)

mataron mucha gente y les tomaron tres mil hombres, mil caballos y setenta y un estandartes (1). Volvieron á ella á poco Magón y Asdrúbal; pero no pudieron tampoco rendirla ni por asalto, ni por hambre. Voló en su defensa Gneyo Scipión, hizo levantar el sitio, mató en otros dos combates más de doce mil cartagineses, se apoderó de otros diez mil, y les tomó treinta y seis banderas (2).

Dos veces ya debía Iiliturgis la vida á sus aliados, cuando muertos los Scipiones en dos jornadas funestísimas vió entrar por sus puertas á muchos de los vencidos en Segura, y procediendo cobarde y alevosamente, los degolló por temor á los cartagineses, con los que renovó su antigua alianza. Excitó entonces contra sí la cólera romana, y pagó cara, aunque tarde, la traición con que manchó su historia. Publio Cornelio Scipión, arrojados ya de España los cartagineses, pasó contra ella con las dos terceras partes de su ejército, y ansioso de dejar pronto vengadas las sombras de aquellas víctimas, vió apenas sus muros cuando ordenó el asalto. Mandó distribuir escalas entre sus soldados, entregó á Lelio parte de sus legiones, y dada la señal de ataque, asaltó por dos puntos la ciudad rebelde. Los

(1) «Iiliturgi oppidum ab Asdrubale ac Magone et Amilcare, Bomilcaris filio, ob defectionem ad romanos oppugnabatur. Inter hæc terna castra hostium Scipiones cum in urbem sociorum magno certamine ac strage obsistentium pervenissent frumentum cujus inopia erat advexerunt; cohortatique oppidanos ut eodem animo moenia tutarentur quo pro se pugnantes romanum exercitum vidissent, ad castra maxima oppugnanda quibus Asdrubal præerat ducunt. Eodem et duo duces et duo exercitus Carthaginiensium ibi rem summam agi cernentes convenerunt. Itaque eruptionem è castris pugnatum est. LX hostium millia eodem die in pugna fuerunt, sexdecim circiter romanis. Tamen adeo haud dubia victoria fuit, ut plures numero quam ipsi erant romani hostium occiderint, ceperint amplius tria millia hominum, paulo minus mille equorum, undesexaginta militaria signa, elephantis V in prælio occisis; ternisque castris eo die potiti sunt. (TIT. LIV., lib. 23, cap. 34.)

(2) Carthaginienses Iiliturgi oppugnare adorti quia præsidium ibi romanum erat; videbanturque inopia eum locum maxime expugnaturi. Cn. Scipio, ut sociis præsidioque ferret opem, cum legione expedita profectus, inter bina castra cum magna cæde hostium urbem est ingressus: et postero die eruptionis æque feliciter pugnavit. Supra duodecim millia hominum cæsa duobus præliis; plus decem millia capta, cum sex et triginta militaribus signis. Ita ab Iiliturgi recessum est obsidione. (TIT. LIV., lib. 24, cap. 19.)

iliturgenses, que veían amenazada no ya su libertad, sino su vida, no perdonaron medio de defensa; los que no podían aún esgrimir la espada, fueron amontonando en los muros piedras, dardos y otras armas arrojadizas; las mujeres y hasta los niños tomaron parte en la pelea; los aptos para las armas se sostuvieron tan esforzadamente sobre el adarve, que intimidaron y rechazaron más de una vez al ejército enemigo, ejército que acababa de humillar ante sus plantas las banderas de Cartago. Mas sirvió de poco su heroísmo. Scipión, al ver en retirada sus legiones, entró en lo más recio de la refriega, pidió nuevas escalas, puso en una de ellas el pié para trepar al muro, y logró avergonzar de tal modo á los suyos, que, atacando estos con mayor ímpetu, ganaron la muralla y el alcázar, y derramándose como fieras por todas las calles de la ciudad, pasaron á cuchillo hasta á los ancianos y á los niños, devastaron con el incendio lo que no pudieron con las armas y sepultaron millares de cadáveres entre escombros manchados de humo y sangre. Había jurado Scipión la ruina de Iiliturgis, y no permitió dejar con vida ni á la misma ciudad en cuya traición había creído ver ultrajada la sombra de sus tíos (1).

Quedó tan destruída Iiliturgis, que no pudo ya recobrar su celebridad ni su grandeza. Su destino pesó sobre cuantos fueron á sentarse en sus ruinas, y vióse al fin entregada á la soledad, al silencio, á la acción lenta y destructora de los siglos. Tomáronla los celtíberos cuando era un pequeño pueblo (2), y muertos luégo en número de doce mil, dieron lugar á que la

(1) Así pinta Tito Livio ese sangriento y bárbaro saqueo: «Tum vero apparuit ab ira et ab odio urbem oppugnatam esse. Nemo capiendi vivos, nemo, patentibus ad direptionem omnibus, prædæ memor est. Trucidant inermes juxta ac armatos, fæminas pariter ac vivos; usque ad infantium cædem ira crudelis pervenit. Ignem deinde tectis injiciunt ac diruunt quæ incendio absumi nequeunt. Adeo vestigia quoque urbis extinguerunt ac delere memoriam hostium sedis cordi est.» (TIT. LIV., lib. 28, cap. 11.)

(2) Celtiberi agmine ingenti ad oppidum Iiliturgi occurrerunt. Viginti millia armatorum fuisse Valerius scribit; duodecim millia ex iis cæsa. Oppidum Iiliturgi receptum et puberes omnes interfectos. (TIT. LIV., lib. 34, cap. 4.)

entrara Marco Helvio y vertiera sin piedad la sangre de cuantos podían empuñar las armas. Tuvo después algunos títulos honoríficos, fué llamada por Augusto *Forum Julium*, y declarada colonia tal vez por Adriano; pero logró cuando más tomar aliento para sentarse sobre su lecho de muerte: nunca tuvo suficientes fuerzas para saltar de su sepulcro. Ni el mismo cristianismo pudo levantarla de su abatimiento. Fué, según la tradición, el primer pueblo en que sembró San Eufasio la palabra de Jesucristo; allí puso el Prelado su silla; allí sobre el cadáver de una ciudad destruída por la guerra y la venganza predicó el celoso Apóstol la paz y la caridad que habían de quebrantar los hierros de la servidumbre. Mas á pesar de haber visto fructificar aquella semilla bienhechora, á pesar de haber reconocido el nuevo reinado de Cristo, no pudo granjearse desgraciadamente la ciudad sino nuevas desventuras. Atraído sobre su frente la ira de Nerón, y enrojéció otra vez sus escombros la sangre de los mártires, la sangre del mismo San Eufasio, que murió bajo el hacha del verdugo. Perdió la silla episcopal, que fué trasladada á Castulo, y durante siglos no tuvo siquiera dónde adorar á su nuevo Dios. No tuvo templo hasta que Sisebuto lo hizo levantar sobre el sepulcro que guardaba las cenizas del mártir, ni vió alzarse ya otro sobre sus restos sino durante el reinado de Suintila (1). Esclava de los árabes como los demás pueblos de España, difícilmente pudo conservar después ni la pureza de sus creencias. Languideció, y se embruteció bajo el dominio de sus conquistadores, y no salió de su servidumbre sino sucumbiendo y pereciendo bajo la espada de Alfonso VII.

Cayó al fin para siempre Iliturgis, y le sucedió la pequeña ciudad y hoy villa de Andújar. El viajero que sabe su historia apenas puede atravesar sus ruinas solitarias sino llena de con-

(1) Así lo confirma la inscripción que copió Flórez de Rus Puerta: Jesucristo dno nostro regnante constructum era DCLXV anno septimo regis Suintihile. (FLÓR., *Esp. Sag.*)

goja y melancolía el alma; cree aún ver en ellas las huellas de la fatalidad, tristes é imponentes para el hombre.

Arjonilla, situada al mediodía y no lejos de Iliturgis, no tiene recuerdos menos tristes, aunque de carácter muy distinto. No nos conmueve como Iliturgis con su historia: pero nos llena de amargura con la de un solo hombre, con la de un poeta, víctima de un amor tan puro como infausto. Colocada en un llano, y cercada por todas partes de colinas pintorescas que hacen paso entre septentrión y mediodía á un delicioso valle que bañan aguas tan claras como escasas, apenas presenta en conjunto ni en detalle cosa que no deleite los sentidos; mas fueron tan fatales las aventuras del joven entusiasta que exhaló en ella los primeros quejidos de muerte y sus últimos suspiros, que la memoria de ellas basta para cubrir este pequeño pueblo á los ojos del que no las ignora como de un sombrío y misterioso velo. Vivos como están allí estos recuerdos, dominan sobre los de los freires de Calatrava que la conquistaron, sobre los de los caballeros que la señorearon, sobre los del Arcediano de Úbeda, que la vendió por dos mil maravedís á Arjona; y se apoderan con tanta fuerza del viajero, que este no codicia pronto sino ver por sus ojos el lugar de la catástrofe, y oír dentro de los oscuros torreones del castillo tan lamentable historia.

Preso en este castillo, le dicen con voz solemne, vivía hace cuatro siglos un joven de corazón que, vueltos hacia Jaén los ojos, no levantaba su dulce y melancólica voz sino para cantar al són del laúd su amarga desventura. Mártir de una pasión que se había desarrollado en él con la misma vida, no pensaba de la aurora á la noche más que en su objeto idolatrado, y cuando no dirigía al cielo sentidas querellas, divertía el triste su imaginación contando á los que le oían al pié de la torre la historia de sus amores.

En el palacio en que por mi desdicha viví, decía, conocí á una mujer, bella como el ángel de la vida. Su mirar era más dulce que el de la luna sobre el valle, su voz más sonora que la